

“Todo nuestro saber procede de lo que sentimos” escribía Leonardo da Vinci en el siglo XV. Mucho antes de que la romántica aparición del artista moderno lo separase de la experiencia, el arte, mediante los procedimientos de representación, se convirtió en necesario instrumento para indagar sobre la compleja relación entre el creador y la realidad. El dibujo y la pintura se hicieron esenciales para comprender tales vínculos al tiempo que servían para comunicar esa experiencia de forma convincente. Sin duda, el grabado y la estampa surgieron como fruto de este impulso que sólo sería modificado con la llegada de las nuevas formas de expresión asociadas a los movimientos modernos.

La obra gráfica de Susana Murias refleja esa intensa forma de sentir la realidad mediante una expresión basada en la síntesis y la yuxtaposición de diversos recursos expresivos que confluyen en un lenguaje gráfico de indudable complejidad. Este vocabulario plástico, de tan divergentes orígenes, formado por un léxico casi pictográfico, deviene en una suerte de escritura de gran capacidad simbólica. Se trata de un lenguaje heterogéneo, eficaz vehículo de indagación personal, en el que la superficie impresa trasciende, en palabras de Lissitzky, el espacio y el tiempo para convertirse en un certero registro de las emociones más íntimas surgidas en ese proceso de indagación.

Sus grabados muestran una sólida y compleja unidad en la que se perciben ciertas constantes: la acumulación de objetos, el habilidoso manejo de los formatos, la capacidad para las relaciones espaciales, la ausencia de jerarquía, la modulación del ornamento y la completa integración compositiva de elementos diversos. Características que hacen de su obra un referente en la evolución del lenguaje gráfico y que tiene su causa en antecedentes no puramente expresivos sino en otros modelos de organización visual. Es evidente en este sentido la clara influencia de la escritura como fuente de ideas para la distribución del espacio, la relación sincrética de formas y el contraste de tan diversos recursos expresivos. La escritura y la imagen se convierten en complementos y antagonistas de un continuo diálogo sobre la superficie del impreso que fructifica en una espléndida síntesis.

Por otro lado, el color, hermoso y sugerente, pero tan difícil de mostrar en las reproducciones, evidencia su vocación pictoricista y hace patente su deuda con formas de expresión más directas que la estampa. La pintura está en el origen de esa dicción tan personal y libre que se extiende más allá del innegable dominio de los recursos técnicos.

De todos modos, no son sólo estos hallazgos formales los que hacen fascinantes las imágenes, sino la emoción sincera que desprenden por cuanto rodea la inquieta mirada de su creadora y que se convierte en el núcleo esencial de una obra de inclinación netamente autobiográfica. La realidad no es un mero pretexto para la expresión sino el reflejo de su verdadero interés por lo próximo, por la pertenencia a un mundo cercano frente a la vacuidad de los grandes asuntos; esa mirada cercana se convierte en seña de identidad de toda su obra y en definitiva, muestra la complejidad de la relación entre arte y experiencia. Todo ello implica un rechazo a esa absurda y artificiosa separación que impide sentir el quehacer artístico como consustancial a la propia experiencia vital.

Pero hay también en su obra referencias a diversos creadores y estilos que confluyen en una enriquecedora síntesis que sorprende por esa complejidad compositiva y una visión fragmentada en la que el espacio abierto, sin límites, suscita emociones por los contrastes semánticos y formales. Una ruptura de las convenciones representativas que culmina en un universo poético de singular belleza.

Si de algún modo, todo lo que sentimos procede también de lo que sabemos, la emotiva experiencia de los recuerdos que vienen a la memoria al contemplar el mundo expresivo de Susana Murias es sin duda conmovedora. Felizmente nos invita a ver el mundo como una imitación de su arte.

Eugenio Vega Pindado